

Marina Montesano, *Dio lo volle ? 1204: La vera caduta di Costantinopoli*. Roma: Salerno Editrice, 2020, 186 pp. ISBN: 978-88-6973-464-9.

La famosa frase *Deus vult*, archiconocida y asociada al período de las Cruzadas en sus repetidos intentos de recuperar la Ciudad Santa, inspira la pregunta que titula este trabajo de la historiadora italiana Marina Montesano. Este interrogativo encierra el tema principal de la presente investigación, es decir, ¿por qué se tiene menos en cuenta la primera caída de Constantinopla a manos de los cristianos? Cuando pensamos en la caída de Constantinopla nuestra mente inmediatamente asocia la fecha del 1453 con el islam y con el imperio otomano, pero pocos, y a menudo solo los especialistas del período histórico aquí estudiado, consideran que en el 1204 la ciudad fue asediada, saqueada y parcialmente destruida por ejércitos cristianos. Por mucho que años después los bizantinos consiguieran retomar el poder a través de Miguel VIII Paleólogo, no se recuperó el antiguo esplendor y la estabilidad anteriores. A partir de ese momento la ciudad resistirá durante los próximos dos siglos con una economía débil y dominada por los mercados extranjeros. Ante semejante dinámica, la estudiosa Montesano, partiendo de los numerosos trabajos de este período, recorre los sucesos relejendo las fuentes de la época para intentar puntualizar la concatenación de los eventos. La historiadora se pregunta de la misma forma si esta cuarta cruzada, que zarpó a finales del 1202 desde Venecia para reconquistar Jerusalén, acabó de forma deliberada ocupando Constantinopla, o si, en cambio, esto último fue el resultado de una serie de eventos acaecidos accidentalmente. El principal mérito de este trabajo es el de alejarse de la historiografía que mayoritariamente hasta este momento se ha ocupado del tema, para intentar trazar el hilo que conecta la caída del 1204 con la del 1453. De la misma forma Montesano se pregunta acerca de la existencia de un motor de la acción, del rol que tuvo la República veneciana, y del papel que pudo desenvolver Bonifacio de Montferrato.

La obra está dividida en siete capítulos, más las conclusiones. Como la misma autora advierte, sobran obras que han estudiado y reconstruido detalladamente la cuarta cruzada, por lo que en los primeros cinco capítulos se encarga de reconstruir las relaciones entre el Oriente bizantino y el Occidente latino. Comienza el estudio con la división del Imperio romano que realizó Diocleciano al final del siglo III, concentrándose seguidamente en el rol que adquirió en el tiempo la ciudad de Constantinopla. La historiadora saca a relucir otro detalle a menudo casi desconocido, y es que, tras la militarización del Imperio como respuesta a la llegada en el siglo VII de la nueva potencia árabe-islámica, que había arrebatado numerosos

territorios en poco tiempo, los bizantinos obtuvieron una gran victoria contra los árabes en el 717-718 cuando estos intentaron conquistar la capital. Puede que por ello los occidentales hayan concedido menos importancia a esta batalla en pos de la más famosa de Poitiers (p. 34). En el tercer y cuarto capítulo se ocupa de repasar el importante rol que comenzaron a ejercer la Iglesia de Roma y Venecia en el tablero euro-mediterráneo junto a las demás repúblicas y reinos locales. El quinto capítulo afronta el cambio de paradigma que se vivió con la llegada del nuevo Papa ante la situación europea y en Tierra Santa.

El sexto capítulo es fundamental, porque la historiadora expone las fuentes utilizadas para explicar los eventos que acaecieron a partir del 1202. El protagonismo de Inocencio III en la organización de la cruzada y en la conquista de Constantinopla se demuestran a través de su correspondencia, que, aunque no esté completa, sirve para entender el punto de vista del pontífice. Estas cartas, junto a otras fuentes, y siguiendo el desarrollo de los hechos, para una parte de la historiografía han significado que Inocencio III perdió el control de la situación. Junto a las cartas del Papa se utilizan en este estudio las *Gesta Innocentii*, una biografía escrita entre el 1204 y el 1209. Estas, teniendo una relevancia de semi-oficialidad, refuerzan el punto de vista romano, dado que el compositor de estas estaba interesado en mostrar la centralidad de Inocencio III en la cuestión; contradiciendo de esta forma la menor relevancia que buena parte de la historiografía ha querido atribuirle (p. 103). A esta documentación se añaden las crónicas de Geoffroy de Villehardouin, las obras de Roberto de Clari, las fuentes venecianas del mil trescientos, la *Chronike diegesis* de Niceta Coniata. Marina Montesano no deja de lado otras fuentes, consideradas menores, por haber sido tenidas menos en cuenta, como las cartas de Hugo IV, conde de Saint-Pol, las fuentes directas de la *Devastatio Costantinopolitana*, el Anónimo de Soissons y las *Gesta episcoporum Halberstaden-sium*. En el último capítulo la profesora Montesano pone sobre la mesa toda esta mole documental con la pretensión de demostrar que Inocencio III tuvo conocimiento de que la cruzada se habría dirigido a Constantinopla. De la misma forma sabía que los bizantinos no habrían podido pagar la inmensa deuda y que algo habría ocurrido, visto que la expedición no habría podido continuar (p. 127). En la parte conclusiva la historiadora italiana enfatiza que no se trata de achacar ninguna culpa ni juzgar moralmente a ninguna de las partes: “Non è compito dello storico e non avrebbe alcun senso a secoli di distanza. Tutta-

via, bisogna considerare che a lungo le parti coinvolte, attraverso gli scritti che li rappresentavano, hanno sentito la necessità di giustificare in vari modi la condotta tenuta: i greci sono scismatici, eretici, traditori” (p. 148).

La autora, alejándose de una parte de la historiografía que suele interpretar la historia mediterránea como un perenne y eterno choque de civilizaciones, y que, por tanto, ha reducido y reconducido el evento al ámbito de la cuarta cruzada, intenta en este trabajo devolver la centralidad que tuvo la primera caída de Constantinopla: “Occorre osservare che la storiografia contemporanea ha riservato e riserva alla conquista di Costantinopoli del 1204 un atteggiamento differente rispetto a quello espresso a propósito della

presa ottomana del 1453. Se lo storico non deve giudicare, neppure deve giustificare o assolvere, e soprattutto non dovrebbe assumere pesi e misure talmente differenti da risultare ideologicamente sospetti” (p. 149). En este trabajo Montesano demuestra cómo la caída de la capital de Oriente no fue algo repentino, sino que se trató de una larga agonía, y que solo tras la conquista del 1453 la ciudad volvería a resurgir como capital del nuevo Imperio.

Juan M. de Lara Vázquez
Università degli Studi di Catania
juandelara91@gmail.com
ORCID: [000-0003-4821-9290](https://orcid.org/000-0003-4821-9290)